



Aquamarine

VERA
PARKHUTIK

¿Puede la música convertirse en un instrumento de manipulación mental? Gabriel Cherny posee un don, es capaz de crear emociones reales en la gente a través de su música.

Gabriel Cherny es el mejor concertista de orchestrón, un instrumento musical electrónico muy especial, que transmite las emociones de su intérprete al público que lo escucha. Pero una historia oscura rodea a Cherny y a su instrumento. Treinta años atrás, el empresario Stiven Ramis, creador del orchestrón, se vio envuelto en un escándalo a causa de una serie de suicidios que tuvieron lugar en la sede de su empresa, Emociones Líquidas. El propio Cherny arrastra un pasado solitario y lleno de secretos.

Cody Weil, periodista de Hoy y Mañana, será el encargado de desenmarañar todo este entramado de mentiras y secretos. Mientras la pequeña Fally, hija adoptiva de Ramis y poseedora, si cabe, de un talento mayor que el del propio Cherny, parece ser la clave para desvelar la verdadera historia que rodea al orchestrón.

Para mi familia

CAPÍTULO I

Codi notaba la fría mano de la técnico contra su oreja. Su tacto era agradable: los movimientos eran suaves y firmes a la vez, altamente profesionales. Sentir los fuertes dedos recorriendo su piel era... hipnótico. Nada de dolor: si aquello duraba mucho más, llegaría a quedarse dormido.

—¿Qué tal va, Candance?

La voz sacó a Codi del plácido estado de ensimismamiento. Primero se sobresaltó, y luego enrojeció ante su reacción.

—Bien.

—¿Cuánto hace que el implante le da problemas?

—Sólo desde esta mañana.

—No ha esperado mucho para venir —si las voces pudieran sonreír, Codi habría jurado que ésta lo hacía.

—Lo necesito continuamente en mi trabajo.

Hubo un instante de silencio y Codi adivinó que la técnico esperaba a que ampliara su respuesta, pero no lo hizo. Luego el sillón en el que estaba tumbado se puso en marcha con una leve sacudida, plegándose y enderezando su cuerpo. La tela verde que cubría su cara fue retirada y un rostro salpicado de pecas sonrosadas le saludó. Cuando la muchacha le había hecho pasar al pequeño quirófano Codi no se había fijado mucho en su cara. Ahora, a la agradable impresión de profesionalidad se añadía también la impresión de su juventud. No podía ser más que una aprendiz. Lo había hecho estupendamente.

Se inclinó sobre Codi por última vez y repasó con una gasa húmeda la piel de su oreja y su cuello.

—La colocación ha terminado, ahora puede ponerse más cómodo —de repente sonaba profesional, y Codi se preguntó si su silencio la habría molestado—. Tenga una servilleta, si le quedan restos de gel límpielos con ella. En seguida iremos a por el ajuste.

Codi se preparó para una tanda de chirridos, pero no llegó. Sólo oyó un pitido pausado, apenas audible, que poco a poco aumentó de volumen y frecuencia. La familiar sensación de oír los sonidos con gran claridad dentro de su cabeza resultó muy bienvenida. La voz de la mujer empezó a parecerle lejana, amortiguada en comparación. La nitidez de un implante transmitiendo directamente a su cerebro no se podía comparar con la de una onda acústica transmitida por el aire.

Durante casi diez minutos, el pitido subió y bajó de intensidad, varió de timbre y se hizo irritantemente alto para volverse inaudible después. Era un proceso tedioso y que exigía paciencia, pero Codi notaba la constante mejoría de la señal. Cerró los ojos y trató de relajarse, sabiendo que en pocos minutos estaría fuera de la consulta. Se había llevado un sobresalto muy desagradable a primera hora de la mañana, cuando en mitad de una conversación escuchó una serie de clics y se quedó prácticamente sordo. El percance era más serio que la simple incomodidad, Codi no podía permitirse estar desconectado del mundo. Al menos, la solución había sido rápida y eficiente. Ahora sólo faltaba reactivar el acceso a Airnet y todo estaría arreglado de nuevo.

—¿Tendrá que gestionarme el alta otra vez? —preguntó a pesar de intuir que no era un buen momento para charlar. Temía haber sido descortés con la muchacha.

—Sí, y le tocará pagar la cuota de conexión. Lo siento. Le saldrá caro.

—A mí no; a mi jefe.

—Entonces tiene suerte. ¿Qué canales desea tener?

Codi recitó de memoria la larga lista de prestaciones a las que tenía derecho. De las tres grandes áreas de audio

que ofrecía Airnet —canales privados de voz, canales públicos de voz y canales musicales— los únicos que Codi tenía que financiarse él mismo eran los últimos. *Hoy y Mañana*, en cuya redacción trabajaba, le financiaba el acceso a una amplia selección de canales informativos, políticos y culturales, y pagaba sus conversaciones privadas.

La lista debió de parecerle rara a la técnico. No hizo ningún comentario mientras Codi le daba instrucciones, pero cuando empezó a rellenar el formulario le miró varias veces de reojo.

—No me las doy de intelectual, los necesito por mi trabajo —dijo Codi, y comprendió con desagrado que acababa de cometer el mismo error por segunda vez—. Soy periodista —aclaró—. Me paso la vida hablando.

No se avergonzaba de lo que hacía, todo lo contrario: se consideraba una de esas personas afortunadas que habían convertido su pasión en el medio de ganarse la vida. Pero demasiada gente asociaba su profesión con el *glamour* de las noticias sensacionalistas, y eso le molestaba. Los comentarios que escuchaba eran siempre los mismos, demasiado repetitivos para su gusto. ¿Periodista? ¡Qué interesante! ¿Qué cosas suele hacer? Debe de conocer a mucha gente famosa. Debe de viajar un montón...

—¿Con qué proveedores trabajáis? —preguntó para cambiar de tema.

—Los tenemos todos.

—¿Cuál soléis aconsejar?

—Depende de las necesidades del cliente.

—¿Y de la comisión? —La muchacha negó con la cabeza, pero Codi notó que sonreía—. Puede decírmelo, sólo soy periodista en horario laboral.

—Estamos en horario laboral —repuso ella. Codi se rió.

—Su secreto estará a salvo conmigo.

—Todos los proveedores nos pagan una comisión similar. Magnum Air y Resonance, siendo los principales, hacen aportaciones extra, pero poco importa. La gente viene sa-

biendo lo que quiere. No nos dedicamos a hacerles cambiar de opinión... ¿Sabe lo que nos piden mucho últimamente? Ambientes musicales. Es la última moda. ¿Ha oído hablar de ellos?

—No.

—Pues está en boca de todos. No es ningún canal ni estilo concreto. Es una musiquita de fondo que gusta a todos. Está pero como si no estuviera, ya me entiende. Dicen que es relajante y que aumenta el rendimiento.

Codi empezó a volverse para mirar a la mujer, pero se paró a tiempo. La sustitución del implante le había provocado un ligero vértigo que aumentaba con cualquier movimiento brusco. Optó por echarse más cómodamente en el sillón y cerrar los ojos.

—Los canales musicales mueven mucho dinero —música—, pero no sabía que eran tan poderosos como para dejar de amoldarse a los gustos individuales de los clientes. ¿Algo que gusta a todos? No me lo creo.

—Bueno, es la teoría. Aún no han salido al mercado porque tanto Magnum Air como Resonance quieren hacerse con los derechos. La compañía que los ha inventado era prácticamente desconocida, y dicen que saldrá muy beneficiada.

—¿Cómo se llaman los héroes del momento?

—Emociones Líquidas... creo. Hemos acabado —la muchacha sacudió las manos—. Ya tiene su conexión y se acopla estupendamente a ella. No se olvide de pasar por el mostrador.

—Jamás se me ocurriría.

La técnico se inclinó sobre Codi por última vez, manos en jarras, la nariz salpicada de pecas arrugándose en una expresión de diversión mal disimulada.

—Mucha gente se olvida cuando empieza a recibir avisos de llamadas. Sabemos que no lo hacen de mala fe. Ya se entiende, la vuelta a la realidad. ¡Disfrute de su nueva conexión!

—Gracias... Lo haré.

Se fue con decepcionante rapidez. Cerrando los ojos por un nuevo acceso de vértigo, Codi se puso en pie poco a poco. Echó un vistazo a su reflejo en el espejo del pequeño quirófano. Tenía una mancha de gel anestésico en el cuello, transparente y quebradiza ahora que había empezado a secarse. La quitó con un poco de agua, y a falta de un peine alisó sus mechones castaños con la mano. Salió a la recepción y la encontró vacía. Numerosos panfletos con precios cubrían la pared. Aparte de los precios, había maquetas de los implantes en uso: todas muy parecidas entre sí, tiras largas y planas enrolladas sobre sí mismas. Hechas a gran escala parecían enormes, cuando en realidad apenas resultaban visibles al ojo humano.

La técnico pasó silenciosamente detrás de Codi, acompañando al pequeño quirófano a un nuevo cliente. Su jefe, un hombre entrado en años, canoso y vestido con su correspondiente bata blanca, salió desde el interior y se acercó al mostrador.

—¡Señor Weil! Ya estoy con usted. ¿Todo en orden?

—Sí.

—He visto que estaba observando las maquetas.

—¿Meten todo esto aquí dentro? —Codi señaló su oreja.

Era un comentario ridículamente obvio, pero casi todos los comentarios sociales lo eran. En la cara del hombre, el entusiasmo floreció donde antes sólo había cortesía.

—¡Por supuesto! Se hace un pequeño agujero en el tímpano y después en el hueso que rodea el oído interno. Esto —el hombre señaló la lámina enrollada— se introduce en la cóclea, la parte del oído interno que transforma las ondas mecánicas en impulsos nerviosos. Los implantes...

—Parece muy interesante —le interrumpió Codi con suavidad—, pero creo que prefiero mantener intacto el encanto del misterio.

—¿Misterio? ¡Esa intervención lleva haciéndose desde hace más de un siglo! Inicialmente en casos muy seleccionados, pretendiendo solucionar problemas gravísimos de audición... Los resultados eran ciertamente cuestionables, pero desde que puede hacerse de forma totalmente segura hemos tenido una verdadera revolución en las comunicaciones.

Codi asintió: saltaba a la vista que el hombre tenía ganas de hablar. Por pura cortesía, hizo lo posible por prestar atención a pesar de que justo en aquel momento el pronóstico de la técnica empezó a cumplirse. Mientras la conferencia sobre implantes seguía, fue discretamente informado de que tenía trece llamadas sin contestar. Lo más fácil hubiera sido interrumpir al encargado y atenderlas pero, viendo el interés que ponía en la explicación, a Codi le supo absurdamente mal.

—¿Ha visto alguna vez uno de éstos?

Codi aceptó el objeto que le tendía y le dio vueltas entre los dedos. Sonrió estoicamente mientras el recordatorio se repetía una y otra vez en segundo término.

—No.

El aparato tenía el tamaño de la palma de Codi. Era bastante plano, con una pequeña pantalla y diminutos botones con los números del cero al nueve. No era una imitación: la superficie estaba deslustrada. Parecía auténtico, y ciertamente antiguo.

—Tecnología punta de medio siglo de antigüedad —le explicó el hombre con orgullo—. Era necesario que dos personas poseyeran un aparato así para que tuvieran el privilegio de comunicarse a distancia. Por supuesto, dejaba de funcionar con frecuencia y se olvidaba en cualquier parte. Lo que hemos avanzado... Increíble, ¿verdad?

—Sí.

—Son doce con treinta y cinco por el implante y sesenta y dos con cuatro por los trámites de conexión. Setenta y cuatro con treinta y nueve en total.

Codi asintió. Se estrecharon la mano, sellando el pago, y el periodista salió de la clínica sintiéndose un poco menos libre que cuando entró. Era absurdo estar defraudado por haber sido atendido tan rápido y tan bien, pero así era como estaba empezando a sentirse. Al descubrir el fallo del implante, había supuesto que el arreglo le ocuparía el día entero. Había hecho... podía llamarlos planes alternativos, pero la mañana aún no había terminado y el problema ya estaba solucionado. Era demasiado pronto para no volver a la redacción. No era su costumbre escaquearse del trabajo, pero Harden se volvía un poco más exigente y gruñón con cada día que pasaba... Unas horas lejos del vigilante ojo del jefe le habrían permitido organizar varios asuntos atrasados.

Avisos automáticos para Weil, Candance. Tiene trece llamadas sin contestar. Tiene cinco mensajes sin escuchar. Tiene...

Todas sus preferencias se habían desconfigurado, por supuesto. Reinaban los valores predeterminados, como la metálica voz femenina y la necesidad de molestar con inútiles avisos cada cinco minutos. «Borrarlos sumariamente», pensó Codi. Quien quiera que le hubiera llamado podía hacerlo de nuevo.

Esta acción no se podrá deshacer. Tiene un mensaje de máxima prioridad. ¿Está seguro de que desea borrarlo?

—¿De quién es?

Harden, Víctor.

—Borrar —Codi hizo una mueca. Por un instante había imaginado que podía ser de Cladia. Llevaba una semana sin tener noticias suyas—. Si es Harden, volverá a llamarme.

No había terminado aún, cuando la voz le avisó de nuevo.

Llamada entrante para Weil, Candance. Etiqueta de máxima prioridad. Harden, Víctor.

Por un instante, todas las maldiciones del mundo no le parecieron suficientes para expresar su opinión sobre su

editor jefe. Había explicado adónde iba. Había *avisado* de que tardaría en volver. Cualquier otro jefe le habría dado un par de horas de tranquilidad. Harden no. Harden consideraba que el tiempo de Codi era de su absoluta propiedad.

El periodista dio un puntapié al guijarro que encontró en el camino. Era grande, la mitad de un puño, e impactó ruidosamente contra la pared de un edificio. Algunos transeúntes miraron a Codi de reajo, pero no dijeron nada. La imagen de una persona hablando apasionadamente consigo misma estaba arraigada en la sociedad. Además, la mayoría de los paseantes tenía la mirada acristalada de quien tiene a su grupo favorito tocando dentro de su propia cabeza.

Codi cogió aire para calmarse y se aclaró la garganta.

—Hola, señor Harden —dijo, confiando en que su tono transmitiera diligencia y entusiasmo.

—Candance, amigo mío, me alegro de dar contigo por fin. ¡Llevo toda la mañana intentándolo!

—Le dije a Snell que estaría en el médico.

—Sí, sí, sí. ¿Todo bien?

—Estupendamente.

Durante la breve pausa que siguió Codi se dedicó alternativamente a maldecir y a preguntarse por qué Harden le necesitaba con tanta urgencia. Su eterno tono optimista pocas veces traslucía algo, pero Codi no había pasado tres años trabajando a su lado en balde. Entre los muchos motivos que Harden podía tener para perseguirle, el más probable era...

—Así que ya estás libre. Eso está bien. Necesito que me hagas un favor.

Silencio. Codi suspiró. Se preguntó por qué el hombre se molestaba en fingir inseguridad. Fuera cual fuera el encargo, los dos sabían que Codi lo haría.

—¿Sí?

—Verás... Resulta que tengo concertada una entrevista, conseguirla fue toda una demostración de olfato periodísti-

co. Pero ha surgido una reunión que no puedo dejar en manos de cualquiera, así que no voy a poder hacer la entrevista. Es a las once.

—¿De hoy?!

—¡Claro! Ése es el problema. Ya no se puede aplazar...

Codi aguantó la pausa. La aguantó todo el tiempo que le fue humanamente posible, dejando que el taciturno silencio fuese su protesta. Algún día, cualquier día, se negaría. Incluso ahora podía negarse. No con un no rotundo, pero sí diciendo que aún le quedaba una parte del implante por revisar. Harden no podría decir nada a eso. De hecho, le bastaría con...

—Está bien —suspiró.

Hubiera querido que su voz sonara magnánima, pero no le era fácil mostrarse magnánimo con su jefe. Sonó, a lo sumo, tranquilizadora. Una vez más, él se encargaría de arreglar las cosas. Se aseguraría de que todo saliera bien y todos quedarán en buen lugar. Codi no era la mano derecha de Harden; ni siquiera era su mano izquierda. No llevaba el suficiente tiempo en *Hoy y Mañana* para aspirar a tales cimas de reconocimiento laboral. Pero si Harden tenía un problema, todos sabían a quién acabaría por recurrir. Era un hecho conocido en la redacción que Codi Weil era demasiado eficiente y bien intencionado para su propio bien.

—Bien, muy bien. Te cuento entonces los detalles —siguió Harden—. Es una exclusiva que concerté hace dos días con Stiven Ramis, el fundador de Emociones Líquidas. El planteamiento es muy fácil, en el fondo no hace ninguna falta que vaya yo personalmente. Ese Ramis parece un simpión que no se acaba de creer su suerte. Resulta difícil imaginar que tiene a Magnum Air y Resonance peleándose por su favor.

«Ramis», repitió Codi para sus adentros con la esperanza de evocar algún recuerdo útil. Emociones Líquidas... La nariz de la chica se había arrugado de una forma graciosa cuando había mencionado ese nombre. Eso no era útil.

¿Por qué demonios no había mentido? ¿Por qué tenía que haberle sabido mal? ¿Acaso a Harden le remordía alguna vez la conciencia? No, se sentía complacido de haberse salido con la suya.

—Me temo que no domino mucho todo ese tema... — indicó Codi con cautela.

Realmente, no estaba muy seguro de si Harden lo juzgaría un fallo por su parte. Trató de recordar si alguna vez le había mandado que indagara en la historia, pero la respuesta era no, y un no rotundo. No sabía nada de Stiven Ramis, y nunca había oído mencionar a Emociones Líquidas antes de pisar la consulta del médico. Harden había estado trabajando en el tema sin decirle nada.

—¡Si hay muy poco que rascar! No te pido que averigües cómo van las negociaciones, Ramis puede ser un simplón pero no soltará prenda. Sólo se trata de ir allí, caerle bien, charlar amigablemente durante un rato. Un enfoque general: el hombre que se hace a sí mismo. Algo sobre esos «ambientes» o como se llamen. Cómo funcionan, cómo se le ocurrió la idea. No olvides agasajar su ego de cuando en cuando. Puedes conseguir mucho si dominas el arte.

—Sé cómo entrevistar —repuso Codi.

—¡Muchacho! No me seas orgulloso. Cualquier persona sabe que algunos pequeños y certeros elogios son parte necesaria de una conversación placentera. No vas allí para hacer carrera, sino para tender un puente. Tienes que caerle bien al dichoso Ramis, y qué puede ser más útil y de mejor educación que hablarle de cosas que le puedan gustar. Familia, uno. En eso no te puedo ayudar. No tenemos ninguna información sobre su vida privada. Negocios, dos. De eso ya hemos hablado. Si lo haces todo bien, concierta una nueva cita. Entonces iré a sacarle más jugo.

¿Qué fue de «entrevista fácil» y de «no hace ninguna falta que vaya yo»? Que Harden era un manipulador era un hecho conocido; ¿pero un farsante así de malo? Emociones

Líquidas era, obviamente, un tema prometedor que había llevado en solitario. Ahora había metido la pata con su agenda y al no poder estar en dos sitios a la vez, echaba mano de Codi. Lógicamente, no por ello querría compartir con él la exclusiva. Y sin embargo fingía que no le importaba hacerlo, para descubrirse a sí mismo un minuto más tarde.

Todas esas consideraciones pasaron por la mente de Codi en el instante en que apretaba los labios y pronunciaba un escueto «sí, señor». Caminaba deprisa porque estaba enfadado, y en el tiempo que llevaba hablando con Harden había avanzado un buen trozo a lo largo de la calle. La parte de la ciudad donde se encontraba resultaba ideal para un paseo: la zona peatonal era amplia y no muy concurrida. Hacía una agradable y fresca mañana de primavera, pero la conversación hacía difícil que Codi disfrutara de esos detalles. De hecho, ya empezaba a preguntarse cuánto tardaría en encontrar un taxi.

—Por cierto, hay algo más... —oyó decir a Harden, y volvió a prestar inmediata atención—. Una antigua empresa de Ramis, la precursora de Emociones Líquidas, estuvo implicada en una investigación policial. Hace ya muchos años de aquello. No se llegó a acusar a nadie, pero sería interesante ver qué podemos sacar de esa circunstancia.

Plural. ¿Ya eran un equipo de nuevo?

—¿Puede darme más detalles?

—Era una pequeña empresa familiar que diseñaba orchestrones. Supongo que sabes lo que son.

—Sí.

—Son instrumentos musicales, una especie de ordenadores gigantes que producen sonidos electrónicos...

Codi elevó los ojos al cielo. Era precioso, de color azul pálido surcado por finas estelas de humo. ¿Por qué preguntaba Harden, si hacía caso omiso a la respuesta? ¿Por qué respondía él, si sabía que no le escuchaba?

—Su aspecto es muy peculiar, y también su sonido, o eso dicen. Los ambientes musicales se crean mediante el orchestrón. Con eso fue con lo que empezó Ramis. La empresa era pequeña, tenía unos veinte empleados. Y una noche, después de una jornada cualquiera, varios no volvieron a sus casas.

—¿Por qué?

—Se suicidaron.

El periodista se paró en seco. Harden y su amor por los golpes de efecto.

—¿A la vez?!

—No a la vez, no estaban juntos cuando pasó —dijo Harden con paciencia—. Pero sí el mismo día. Ninguno tenía antecedentes psiquiátricos. Ninguna relación entre las muertes salvo el lugar en el que trabajaban. La salvación de Ramis fue que todas las muertes fueron suicidios claros, sin ningún indicio de criminalidad. Tenlo en mente cuando le entrevistes, pero ni si te ocurra sacarlo a relucir. Ya me ocuparé yo de sacarle partido.

Tal y como Codi había previsto, no había podido disfrutar del nuevo equipo ni cinco minutos. Se encogió de hombros.

—Lo tendré en mente —dijo—. Suerte en su reunión, señor.

—Ve a por él. Te veo en la redacción.

Hubo un clic, y Codi respiró con alivio cuando la voz de Harden salió de su cabeza. A las once, había dicho. Miró su reloj. Tenía menos de una hora antes de la entrevista.

Estudió su reflejo en el escaparate de una tienda de electrodomésticos. Sobre un fondo violeta por el que desfilaban robots de cocina y mensajes de descuento se perfilaba una figura alta y delgada, de pelo un poco enmarañado y ojos claros y muy abiertos. El traje gris claro que vestía, al estar desabrochado, le daba un aspecto levemente desaliñado. Codi se abrochó con desgana: el día prometía ser caluroso. El pelo, a falta de un peine, no tenía solución en ese